



Hipertexto 8
Verano 2008
pp. 82-90

**Cre(c)er entre los obuses: análisis comparativo
de los protagonistas de *Campo Cerrado* (Max
Aub) y *El Rey y la Reina* (Ramón J. Sender)**
Emilio José Gallardo Saborido
C.S.I.C.

[Hipertexto](#)

Comenzamos este artículo admitiendo y rechazando una misma opinión, por ilógico que parezca. Nos referimos a las siguientes líneas de Soldevila Durante sobre el protagonista de *Campo Cerrado*, Rafael López Serrador: “[...] el protagonista, tal y como lo entiende la novelística tradicional, está ausente. En su lugar, una serie de personajes o de ambientes pasan y desaparecen, para luego volver a aparecer en ocasiones, siguiendo formaciones paralelas o entretejidas. Rafael Serrador, supuesto personaje central, se pierde entre los demás” (Soldevila 65). Admitiendo esta opinión, también pensamos que no sólo se puede rastrear el perfil de este personaje, sino que éste puede ser cotejado con el de otro carácter de la narrativa de la posguerra: Rómulo, de *El Rey y la Reina*, de Ramón J. Sender. Aún así, cada uno tiene sus particularidades y contextos que han de ser delimitados:

En primer lugar, Rafael López Serrador es apenas un adulto (unos 25 años tendrá el muchacho) cuando se ve inmerso en la barbarie caótica de la guerra. Súmese a esto el hecho de que *Campo Cerrado* es la primera de las novelas del *Laberinto mágico*, de esa magna creación que tiene como eje fundamental el choque fratricida. Max Aub consideró oportuno analizar en ella algunas de las circunstancias que condujeron al enfrentamiento, los años previos al conflicto, y estos son los que encontramos mayoritariamente expuestos en esta obra. Así pues, los hechos transcurren durante el periodo que va desde la dictadura de Primo de Rivera hasta los primeros días de la guerra. Por lo tanto, de todo esto se colige que la personalidad de Rafael López Serrador se ha de considerar, no sólo a la luz de la influencia de la Guerra Civil, sino que hay que verla inmersa en un proceso dinámico-narrativo. *Campo cerrado* se acerca en este sentido a la *Bildungsroman*.

En segundo lugar, el otro personaje que nos compete aquí, el Rómulo de *El Rey y la Reina*, se nos presenta como un hombre más hecho, maduro, de unos cuarenta años, cuya conciencia se ve zarandeada por los hechos que la contienda hace que arremolinen en torno a él. Vemos, pues, que lo que se nos ofrece en la novela de Aub es más bien un proceso, un análisis a largo plazo. En contra, Sender

se centra más en un punto concreto (se nos da sólo un estadio de la vida de Rómulo). Su visión se nos aparece así como más estática. Pero, por supuesto, dentro de ese estatismo se producirá el cambio promovido, entre otras circunstancias, por la guerra.

Sírvanos de ejemplo de lo que venimos comentando el uso que se hace del espacio en ambas novelas: en la de Aub se nos lleva de un lado a otro (pueblos de Valencia o distintas localizaciones de la ciudad condal) en un continuo ir y venir donde contemplamos la vida de Rafael López como si estuviéramos haciendo un *travelling* cinematográfico. En la de Sender se nos enclaustra,¹ por así decirlo, en el majestático Palacio de Arlanza, donde el movimiento más marcado es el vertical: Rómulo se pasa la novela subiendo y bajando al torreón. La duquesa, por su parte, contrarresta su primera ascensión al torreón con progresivos descensos materiales, pero también simbólicos. La evolución general del primero y los cambios puntuales del segundo van a ser la vía principal por la que van a transcurrir los pasos de nuestro análisis.

En el caso de ambos personajes nos topamos con una búsqueda trascendental, con un querer ir más allá. Ante la angustia que les produce el hecho de desconocer su propia naturaleza, su yo más íntimo, emprenden un camino que les llevará a ese tan ansiado encuentro. Viaje que se deja leer como una bajada a los infiernos, tan cercano por otra parte en aquellos días de guerra. Ésta actuará como desencadenante de ciertos hechos y, paradójicamente, los personajes crecerán gracias a ella o, mejor, gracias a intentar imponer su orden personal a la barbarie de metralla y fusiles. A continuación, desarrollaremos un análisis de las vías que adoptan Rafael y Rómulo para conseguir sus propósitos; porque, aunque la meta puede ser la misma, no lo son los medios por los cuales se aspira a alcanzarla.

Me parece que para desentrañar los más oscuros rincones de la personalidad de este valenciano hemos de perseverar en la lectura de *Campo cerrado* como una *Bildungsroman*, al menos en parte. Pero, es más, el proceso por el que atraviesa ofrece más de una concomitancia con la vida de ese otro desdichado que fue el Lazarillo de Tormes. No obstante, la infancia de Serrador ha resultado más feliz que la del Lazarillo: sus padres no parecen malas personas. De un lado tenemos el despejo y gracia de la madre (“La madre es un tanto rabisalsera y amiga de gaiterías”, Aub 18) y, del otro, la figura paterna, a la cual se refiere Soldevila en estos términos:

Su padre, “republicano y enemigo de las vaquillas”, prestará a su hijo, cuando sepa leer bien, dos libros: una historia de la revolución francesa en vulgarización de Blasco Ibáñez, y otro sobre los romanos, de Castelar. El valor simbólico de ambos volúmenes no puede escapar al menos avisado de los lectores (Soldevila 65).

En lo que sí se parece más al de Tormes es en que enseguida lo ponen en manos de un amo (“ya le tenían por mayor y le mandan a Castellón, de aprendiz en una platería”, Aub 23) y de éste pasará a otro y así sucesivamente. Será durante la estancia con el primero cuando Rafael recibirá su primera *calabazada*, por así decirlo, sólo que en esta ocasión no había toros de piedra, sino culatazos y tricornios (“Le esperaron [Manolo y Severiano] a favor de un cañaverl, camino de la estación, y sin decir palabra empezaron a arrearle, dándole gusto a la mano y a la culata”, Aub

¹ Como comenta José-Carlos Mainer en su prólogo a la obra: “Nada sucede fuera de las dependencias palaciegas y del jardín significativamente amurallado que las rodea, e incluso cuando Rómulo participe fugazmente en la batalla como soldado de la compañía antitanques, la referencia a los acontecimientos tendrá forma de relato indirecto” (Mainer XXIV).

39). Curiosamente este hecho y otros que delatan la crueldad de algunos guardias civiles transcurren durante la dictadura de Primo de Rivera (Aub 36). Bien podría haber dicho Rafael, tras los mamporrazos, con su correlato Lazarillo: “Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba” (Anónimo 23). La conmoción que estos hechos provocan en un Serrador que comienza a ser adolescente es tremenda pues no puede encajar cómo a un acto bueno, como es el de decir la verdad (recordemos que Rafael le admite a los civiles que sí que se estaba acostando con Marieta), se le responde de ese modo: “Lo que más le dolía a Rafael Serrador era que le hubiesen vuelto a pegar después de decir la verdad. Sus padres no lo habían vapuleado nunca” (Aub 40).² Además ha de enfrentarse al paro, ya que el patrón lo despide porque cree que la paliza se debe a líos sindicales (Aub 40).

A la luz de hechos como estos (padre republicano, represión de los civiles, despido de por parte de su patrón) parecería que la opción política que adoptará Rafael y que determinará su forma de ver la realidad va a quedar perfilada desde ya. Pero, a la vez, encontramos otros acontecimientos que hacen que su personalidad dé bandazos:

A Rafael le carcome un profundo sentimiento de abulia y pérdida existencial que le llevan a la violencia irracional: “Barrunta que existe algo en el mundo que exige esfuerzo: no sabe qué. Se retrae calla y aprovecha la primera ocasión para arrearle una paliza al zurumbático hijo del vecino, que tiene la cara boba. Luego le pesa, por fácil” (Aub 33). Además, esa violencia es la que encontramos en el asesinato de Matilde, que aparece motivado por el simple desprecio (“Para odiar se necesita entusiasmo. Yo no odio, desprecio. Ejemplo: Matilde”, Aub 109). Ya en el viaje hacia Barcelona caerá en la depresión del *hombre unidimensional* marcussiano: quién es él, un ticket, un viajero anónimo y, sin embargo, su yo no lo determina él, sino los otros.³

¿Qué saben éstos de mí? Lo mismo que yo de ellos. Cada uno tiene sus razones de viajar. ¿Qué pensarán de mí? No piensan nada de mí. ¿Qué es éste? ¿Qué haré en Barcelona? ¿Me perderé? ¿Qué quiero ser? No sé lo que quiero ser. No puedo querer ser, tengo que ser lo que quieran (Aub 45).⁴

La abulia y el desinterés se manifestarán también en el terreno político –lo cual puede explicar sus bandazos militantes y *cambios de chaqueta*: en la caída de Primo Rivera (“Tiene 18, 19, 20 años; todos estos acontecimientos -¿importantes?, ¿sin valor?- le rozan, los oye, no le dejan huella”, Aub 56); se relaciona con anarquistas y posteriormente con falangistas, acude a sus actos, incluso trabaja para los segundos (“era trabajo sin peligro, que podía hacer de dos a cinco de la

² Posteriormente, hechos parecidos se repetirán en la novela. Rafael parece que se ha repuesto un poco anímicamente al admitir: “Hay que decir la verdad y pegarse por ella, a pies juntillas” (Aub 46). Pero sufre un nuevo desengaño al volver a ser echado de su puesto de trabajo tras haber dicho la verdad: “Es la segunda vez que digo la verdad cuando me la piden con cara seria, y la segunda que me arrear candela. [...] Todos estos que gastan cuello y corbata están hechos para que los ahorquen con ellos” (Aub 57).

³ “Toda la obra de Aub es un testimonio fidedigno de la compleja problemática a que se ve enfrentado el hombre nuestro siglo: la crisis de identidad que desemboca en la fragmentación del sujeto, la inaprehensibilidad del mundo real que se resiste a ser comprendido como un todo unitario [...] son temas que se reiteran una y otra vez a lo largo de sus páginas” (Pérez Bowie 210).

⁴ Más adelante Rafael refuerza este sentimiento con estas palabras: “Nadie sabe si vivo o si me he muerto”, p. 72.

mañana. Rafael aceptó: ¡*Qué mas da!*, Aub 147), pero no acaba de identificarse con ninguno de ellos:

A Rafael le causaba cierto malestar el oírse aludido como parte activa de la Confederación. Hasta entonces su concomitancia con los sindicalistas no había pasado de un sencillo acatamiento a las órdenes de la organización confederal, del pago de sus cuotas, de la lectura del periódico. “¿Es que soy anarquista?”, se preguntaba y, no muy seguro, estaba tentado de contestarse negativamente (Aub 100).

-¿Eres de Falange?

- No.

[...]

- Te tengo por decente. ¿Por qué mientes? ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer?

- ¡Bah! ¡Vosotros o los otros...! (Aub 190-191).

Creemos que no violentaremos la exégesis del texto si establecemos un parangón entre estas ideas y las actitudes que adoptan ciertos personajes de la literatura existencialista francesa. Recordemos, por ejemplo, la frialdad que muestra el señor Meursault de *El extranjero* de Camus ante la muerte de su madre en las primeras páginas de la novela. Pero ahora nos gustaría centrarnos en otra obra. Se trata de una novela corta de Sartre que lleva por título *La infancia de un jefe*. En ella asistimos al proceso de construcción de la personalidad del protagonista –Lucien. Antes de la conformación definitiva de aquélla se relaciona con gentes tan diversas como pueden ser un compañero de clase obsesionado con auto-psicoanalizarse, un homosexual vanguardista y fetichista (con el cual tiene una experiencia de cama) o un grupo de jóvenes ultra-nacionalistas y racistas (los *camelots*). A pesar de su interés por encontrar su lugar en el mundo, desde la pubertad cae en la abulia existencial que le lleva a afirmar “yo no existo” (Sartre 27) o a querer escribir un *Tratado de la nada* (Sartre 28). De hecho, ya en su infancia el narrador nos había confesado: “[...] Lucien era un niño bien educado y trabajador, pero terriblemente indiferente a todo” (Sartre 18).⁵

Ese sentimiento de querer hallarse a sí mismo también se encuentra presente en Serrador (“Cuando un campesino piensa en algo más que en la capital cercana sus vecinos le miran con atención y cuidado. Rafael se miró a sí mismo y se dijo: ¿Por qué no?”, Aub 38-39) y, presumiblemente, es el que le lleva a la duda, primer paso hacia la adquisición de conciencia que se producirá al final de la obra.⁶ Además también le conducirá a realizar el auto-cuestionario de las pp. 108-113, donde se ofrecen muchas de las claves de la novela. Allí Serrador muestra, junto a muchas inseguridades, un puñado importante de certezas: tiene su libertad personal como algo esencial (“¿Obedecer? Para dejar de ser yo, un tiro”, Aub 111), la importancia de la verdad (“Lo que importa es la verdad”, Aub 112) o el sentimiento de pertenecer a una clase social determinada y la intención de morir por esas gentes si la situación lo exige: “Soy y estoy con los primeros [los que no tienen

⁵ Añadamos otra conexión de Lucien con Serrador: el primero también siente en su niñez la tentación de caer en la violencia inútil como medio de desahogarse. Así leemos en la p. 13: “A Lucien le hubiera gustado hacer sufrir a uno de esos animales que gritan cuando se les hace daño, por ejemplo, a una gallina, pero no se atrevía a acercarse”.

⁶ He aquí algunas de las sentencias que dejan patente la inestabilidad personal a la que se enfrenta Serrador: “Rafael estaba animado de la mejor voluntad, pero no acababa de ver las cosas claras” (Aub 75). Cuando Salomar busca un traidor entre las filas falangistas, se nos dice: “Rafael Serrador se siente de piedra. No podía ser él y, sin embargo, se le alcanzaba que en lo hondo de sus raíces existía el resquicio de una duda, su falta de fe” (Aub 176). Cuando aún se relaciona con la CNT, piensa: “Las dudas engendran calamidades. No puedo dejar de dudar; la calamidad, yo”, (Aub 100).

nada, los pobres, etc.]. Lo sé y lo re-sé” (Aub 110); “-¿Qué merece que la sacrifique [su vida]? –La vida de los demás, la mía inclusive” (Aub 113). Esto le llevará a una profunda toma de conciencia con respecto a su individualidad, a la relevancia de la libertad y a reforzar la creencia en la acción como motor de cambio: “Él querría un mundo de acciones heroicas. No se atreve a decírselo a nadie, pero no anda lejos de creer que grandes hazañas individuales podrían cambiar la faz del mundo” (Aub 116). Pero estas aspiraciones aún son vagos anhelos que carecen de un cauce a través del cual materializarse y, así, leemos en esa misma p. 116: “Creo en la muerte y quiero un mundo justo, sin ricos ni pobres. Fuera de esto, ¿qué se? ¿Qué quiero? ¿Qué creo? ¡Nada!”. Será en las páginas finales cuando Serrador encuentre esa vía tan ansiada, pero sobre esto trataremos en el siguiente epígrafe.

Al comienzo de la novela una frase de la duquesa será la que se encargue de abrir una auténtica caja de Pandora en el corazón de Rómulo, quien a partir de la cual comenzará a cuestionarse en qué consiste su propia identidad. Estas palabras son las siguientes: “-¡Un jardinero no es un hombre!” (Sender 17). Son pronunciadas mientras la aristócrata se baña desnuda en su piscina del sótano ante los atónitos ojos de Rómulo. Posteriormente, éste admitirá: “Aquella desnudez ha traído todo este caos –se decía muy convencido-. ¿Cómo? ¿Por qué? Eso no lo sabré nunca” (Sender 26).

La función que cumple en esta novela la Guerra Civil es crear un ambiente que llevará a la subversión de los antiguos valores.⁷ Rómulo podría haber denunciado a la duquesa ante los milicianos, pero ¿por qué no lo hace? Pues porque no ha logrado alcanzar una conciencia de clase, sino que permanece –al menos en un primer momento- fiel a los valores tradicionales de sumisión ante “la señora”. De hecho, el que consiguiese hacerse cargo de la regencia del palacio ocurre por mera casualidad. Veamos qué sucede cuando llegan los milicianos y se discute el “traspaso de poderes”:

-¿Entre el personal de cocinas o del parque no hay por lo menos algún afiliado a un sindicato?

Rómulo miraba el coche Hispano, en cuyo parabrisas había pintadas tres iniciales blancas. Recordó que tenía unos papeles y un carnet encabezados con aquellas mismas letras. Meses atrás alguien le insistió para que se afiliara y Rómulo lo hizo por complacerle, pensando que aquello carecía de importancia. Avanzó y dijo:

- Yo. Yo estoy en un sindicato que tiene esas mismas iniciales.

A partir de este momento, Rómulo se guiará por una ambición: la entrega a la duquesa y la posesión de la persona de ésta. Estamos ante un nuevo *Génesis*, ante una nueva Eva y un nuevo Adán.⁸ El pilar del nuevo mundo de Rómulo lo constituye la duquesa (“Y si la matan, el mundo entero, ¿oye la señora?, el mundo entero estará perdido también”, Sender 125), pues no se podrá dar vida a una nueva especie sin *la* madre. Parece como si dentro del *Apocalipsis* de la Guerra Civil un nuevo *Génesis* se comenzase a escribir. Pero para que Rómulo pueda convertirse en ese ser adánico ha de estar a la misma altura de la duquesa. El

⁷ “El estallido de la guerra ha supuesto la subversión de todos los valores precedentes. [...] Por supuesto y en primer lugar, el cambio concierne a los protagonistas del relato: una duquesa que vive escondida en su propio palacio y un jardinero que es, a la vez, el hombre de confianza de los milicianos ocupantes, el único conocedor del secreto de su ama y una curiosa mezcla de su protector y su carcelero” (Mainer XXII).

⁸ “Ambos personajes –Rómulo y la duquesa- están destinados a asumir juntos (y enfrentados) una nueva responsabilidad: la de la violencia y la muerte que les rodea. [...] jardinero y duquesa son Adán y Eva, y con ellos ha de empezar una nueva especie” (Mainer XXVIII).

primer paso para conseguir esto es auto-reconocerse como hombre, calidad que la duquesa le había negado:

- Hay una diferencia –dijo- en nuestra manera de ver lo razonable.
- Palabras –dijo desdeñosamente Rómulo, y enardecido por sus libertades añadió-: No somos diferentes, sino en el ser una mujer y un hombre (Sender 122).

- No puedes dejar de ser quien eres.
- ¿Yo? ¿Quién soy?
- Tú lo sabes.
- Sí. Lo sé. Soy un hombre (Sender 128).
-

Entonces se puede empezar a desarrollarse el parangón entre esta pareja y la del rey y la reina del libro *Esiemplos de las Monarquías*, cuya lectura había comenzado la duquesa. Así, en él se recogen los principios cosmogónicos con los que se identifica la pareja:

El libro de los *Esiemplos* comenzaba con una idea poética para estudiar después históricamente las monarquías más famosas del pasado: “El universo es una inmensa monarquía. Los pobladores del universo estamos sometidos fatalmente a ella y somos a nuestra vez reyes de la realidad que nos rodea. Todo lo que el hombre ha soñado, ambicionado, creado, lo ha sido por esta monarquía del hombre rey- y la ilusión, su propia ilusión –reina-. El hombre y la ambición ideal que lleva consigo son el rey y la reina del universo (Sender 147).

Incluso la duquesa empieza a creer en la adopción de estos nuevos roles cuando piensa: “Rómulo, el Rey. Yo, la Reina”. Pero la experiencia creadora se verá pervertida y traicionada por la ambición de Rómulo, que pasa de sometido a opresor. Ya en el libro de los *Esiemplos* se advertía de este peligro, pero, claro, Rómulo no sabe leer.⁹ Incluso siente por los libros la reverencia que se tiene ante lo sagrado y desconocido: “Aunque en el libro se decía que era un cuento, el prestigio de la letra impresa le daba toda la fuerza de un hecho verdadero” (Sender 60).

Parece como si el pueblo no entendiera de esas filosofías con las que se deleita la duquesa (“Y la duquesa releía con gusto esas líneas, satisfecha de poder detenerse con calma en problemas como aquél [se refiere a la filosofía de los *Esiemplos*], a pesar de las condiciones en las que vivía”, Sender 147) y actuara llevado sólo por la pasión, que es a lo que le ha avocado la supresión de su derecho al enriquecimiento intelectual. De este modo, Rómulo cae en la violencia y somete a la duquesa en episodios como este:

Ella lo rechazaba: “¿Qué haces, Rómulo?”. Él volvió a encontrarse con su boca y mordió en ella hasta sentir la sangre en los labios. Entonces, la soltó. Ella gemía sordamente. Tenía una pequeña herida en el labio superior y manchaba de sangre la almohada (Sender 168).

A fin de cuentas de lo que Sender nos está hablando es de la imposibilidad de entendimiento entre dos concepciones del cosmos, entre dos clases sociales, a pesar de que ambas sienten una apasionada atracción por la otra. La cruda

⁹ “Pero cuando el rey –el hombre- quiere cumplirse en la posesión ideal de la reina hasta alcanzar los absolutos de Dios, la armonía se rompe y el orden del matrimonio se acaba. Que alcanzar la ilusión es matarla y realizar en ella la ambición de sí mismo no es posible sin pasar por esa muerte y desgracia” (Sender 147).

experiencia de la Guerra Civil se encargará de dejar bien patente este desencuentro.

Sin duda, en una primera consideración, los destinos vitales de ambos protagonistas se nos presentan llenos de dramatismo: Serrador muere ocho días después de haber concluido la acción de la novela a causa del tifus, sin pena ni gloria; por los hechos históricos, sabemos que Rómulo, con el tiempo, se verá forzado a enfrentarse a la conquista de Madrid por las tropas de Franco. Además, no podemos olvidar la posición política que nuestros autores adoptaron ante el conflicto y su misma situación personal en el momento en el que escriben. Estos hechos aportan un desencanto y un profundo dolor, patente a lo largo de las dos narraciones.

Pero, sin ánimo de ser atrevidos, nos gustaría proponer que ambos protagonistas arriban a una solución positiva, al menos en parte, de sus conflictos. Y esto nos parece así porque, por un lado, Serrador encuentra en la fraternidad la superación de sus angustias personales: “Esto que era mío sólo, sentimiento, es una cosa externa que liga al uno con el otro, a cada uno con todos” (Aub 215), o en: “Estos hombres tienen fe los unos en los otros. ¿Es esto la fraternidad? No le importa que yo exista o que no; lo que vale es lo que los une, lo que nos separa si quieres: cierto aire humano, confianza en la muerte y desconocimiento de la lástima” (Aub 216). Ya no es el toro solitario, que embiste sin ton ni son (“¡Qué animal, que tonto animal he sido!”), Aub 215). Ha superado la barrera de la incomunicación:

Quizás la síntesis entre los elementos antitéticos de la incomunicabilidad y la solidaridad o fraternidad haya que buscarlo en ese punto de fusión entre los individuos en el que nace el grupo: esa unión en torno a una tarea común [...]. No se trata de una unión forjada por la razón (que no daría más resultado que el equivalente exacto a la suma de las unidades) sino sentida, intuitiva, y que multiplica las consecuencias de la acción, sus alcances (Soldevila 231).

Y eso es así porque la razón se ve superada por la acción. La esterilidad de la soledad meditabunda se ve barrida por la fuerza de la acción colectiva que dota a la vida de la realidad más básica (“Luego la realidad existe; la puedo tocar: la toco”, Aub 215). Los milicianos arrastrando una las balas de papel (p. 229 y ss.), que les sirven de parapeto ante la ofensiva enemiga, vienen a ser como un símbolo del empuje arrollador de la concienciación holística que se impone a las dudas individuales, estáticas:

Pensar es una cosa gris y triste, quieta y melancólica, un recuerdo. Recuerdos de la familia. Empujar, cargar, tirar, llevar, moverse, hacer fuerza: eso es vivir. Pensar es defenderse contra la vida y la muerte. No hay otro olvido como el de hacer cosas: crear movimiento, empujar (Aub 231).

La acción, aunque sea bélica,¹⁰ se convierte en una especie de rito que cohesiona los anhelos de los que luchan en el mismo bando, colmando sus aspiraciones, estrechando los lazos entre los individuos, o, para decirlo con palabras del antropólogo funcionalista Radcliffe-Brown: “La función social de los ritos es obvia: dándoles expresión solemne y colectiva, los ritos reafirman, renuevan y consolidan los sentimientos de los que depende la solidaridad social”.

¹⁰ “[...] otra de las virtudes de la guerra es [...] (la) de descubrir las personalidades, resolviendo la incógnita del *nadie sabe lo que lleva dentro* con la que se despiertan a la inteligencia los hombres del *Laberinto*” (Soldevila 251).

Paradójicamente, el protagonista de la novela de Sartre llega a una conclusión parecida: la solución no está en mí, sino en los otros, en la comunidad; pero, al adquirir conciencia de clase –de burgués acomodado, en este caso-, los sentimientos comunitarios que acaban por afianzar su personalidad se relacionan con la tradición, con el pasado:

Lucien no tenía más que apartarse de la estéril y peligrosa contemplación de sí mismo. Le bastaba con estudiar el suelo y el subsuelo de Ferolles, con descifrar el sentido de las ondulantes colinas que descienden desde el Sernette, con apelar a la geografía humana y a la historia (Sartre 74).

Primera máxima –se dijo Lucien- no tratar de ver en uno mismo no hay error más peligroso que ese”. Al verdadero Lucien –ahora lo sabía- había que buscarlo en los ojos de los demás, en la obediencia temerosa de Pierrette y Guigard, en la espera llena de esperanza de todos los seres que crecían y maduraban para él, de esos jóvenes aprendices que llegarían a ser *sus* obreros, de los habitantes de Ferolles, niños o adultos, de quienes un día sería alcalde (Sartre 91-92).

En cuanto a *El Rey y la Reina*, el cuestionamiento de la humanidad de Rómulo no sólo se ve satisfecho, sino que además es respaldado por el énfasis en su hombría. Dice la duquesa moribunda: “-Rómulo, tú... Tú eres el primer hombre que he conocido en mi vida” (Sender 181). Y, acto seguido, se disculpa con un escueto “perdóname”. Se cierra así el círculo que comenzó a trazarse con aquel “¡un jardinero no es un hombre!”. Ya vimos cómo acaba la historia de este *rey* y esta *reina* tan particulares, pero el fracaso de esta relación no es óbice para poder enfatizar el triunfo que supone para Rómulo las palabras de la duquesa que acabamos de transcribir. ¡Hablamos ni más ni menos de admitir a Rómulo como un *homo sapiens* más y no cómo un homúnculo, un mono o cualquiera que fuera la concepción que tenía del jardinero la aristócrata al principio de la novela! Es curioso observar cómo también en *Campo cerrado* encontramos una afirmación bastante similar. Comenta el narrador en la p. 215: “Por primera vez Rafael López Serrador se ve desde fuera. Y se siente hombre”. Y no es baladí que se nos dé el nombre completo del protagonista en este momento en el que personaje llega a su auto-reconocimiento. Ya sabemos que el nombre y lo nombrado se llegan a identificar. Algo después de que se escribieran estas páginas Gabriel Aresti compondría su *Nire izena (Mi nombre)*, donde se lee: “Porque yo soy mi nombre”.

He aquí por qué hemos defendido una tesis positiva –en cierta medida- con respecto al final de ambas novelas: los acontecimientos previos a la Guerra Civil o ésta misma crean dos vías de acceso a la identidad personal: el símbolo del viaje de aprendizaje, jalonado de ritos de iniciación (en lo sexual, en lo político, en lo bélico, etc.¹¹), cargado de idas y venidas constantes por una geografía real, aunque también simbólica, conduce a la misma meta que el espacio casi monacal del castillo de los duques de Arlanza, centro de los movimientos estratégicos, como de piezas de ajedrez, de los protagonistas de *El Rey y la Reina*.

¹¹ Así se nos narran las primeras experiencias sexuales del joven Serrador, ya sean onanísticas (p. 34) o heterosexuales (p. 38). Por ejemplo, también asistimos a su entrada en política, por casualidad, al recibir un periódico comunista cuando aún trabajaba para Don Enrique Barberá Comás (p. 56).

Obras citadas

Anónimo: *Lazarillo de Tormes*. Ed. Francisco Rico. Cátedra, Madrid, 1998.

Aub, M.: *Campo Cerrado*, Suma de Letras, Madrid, 2003.

Mainer, J.-C. (prólogo), en Sender, R. J.: *El Rey y la Reina*, Destino, Barcelona, 2004.

Pérez Bowie, J. A.: "Max Aub: la Escritura en Subversión", p. 210, en Soldevila Durante, I., Fernández, D. (dirs.): *Max Aub: Veinticinco Años Después*, Ed. Complutense, Madrid, 1999.

Sartre, J. P.: *La Infancia de un Jefe*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

Sender, R. J.: *El Rey y la Reina*, Destino, Barcelona, 2004.

Soldevila Durante, I.: *La Obra Narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Gredos, Madrid, 1973.